

Conflictos y perspectivas en el período precolonial tartésico

Francisco José MORENO ARRASTIO
Universidad Complutense de Madrid

SUMMARY

The author is proposing a more «archaic» viewpoint of the conflicts amongst the groups as a factor of explanation in the research of the pre-colonial contact, during the final Bronze Era in the southern Iberian Peninsula. A perspective like that means the expect for a historic process in which one can find analogies in similar process of the African Middle Ages.

Hace muy poco, James Mulhy (1998) ha expuesto los argumentos que para él confirman un origen oriental del metal precioso utilizado en las metrópolis fenicias. Seguidamente también ha expresado la duda de que alguien, allá por la primera mitad del I Milenio a.C., hubiese cruzado el Mediterráneo para buscar nuevas fuentes de plata o estaño en Occidente, junto a las Columnas de Hércules. El razonamiento de Mulhy se basa en la sistemática negación de lo no demostrado (muestra un escepticismo radical, p.e., sobre la verosimilitud de Estesícoro o la documentación minera orientalizante en Sierra Morena) y por ello, aunque sus efectos parecen en unos casos consistentes y en otros criticables¹, zarandea en distintos modos a las tradiciones sobre las primeras navegaciones fenicias hacia la Península Ibérica. Es razonable, pues anima a replantear cuestiones como la del impulso colonial fenicio a partir del siglo VIII

¹ P.e., parece algo «conservador» considerar de pequeña escala a las actividades en Cerro Salomón, que es un poblado de un kilómetro de longitud (Blanco, Luzón y Ruiz Mata, 1970).

a.C. o la de exploraciones previas supuestamente documentadas con el hallazgo de objetos de prestigio o representaciones de estelas pero, también, y ello me parece lo más interesante, la de los métodos con los que se accedió a la pobrísima documentación² disponible.

En principio, cuando la crítica debilita la creencia de que la fuente de los metales estaba en el lejano Occidente³, es inevitable pensar en otras hipótesis sobre los atractivos precoloniales de tan larga travesía⁴, pero también es inevitable que la duda se extienda hacia los soportes de lógicos empleados hasta entonces. Incita a la duda, p.e., y en el caso de la precolonización fenicia en Occidente, la facilidad con la que los fenicios fueron hechos responsables del llamado comercio precolonial y por tanto de las transformaciones previas a su presencia continuada, en comparación a

² La crítica de Mulhy se refiere a la cuestión de la *apetencia precolonial* fenicia por los metales que abundaban en la Península ibérica, aquellos que ya ha sido considerados fundamentales para resolver problemas internos o externos (Frankenstein, 1997: 20 ss.) en Fenicia y especialmente en Tiro. Así Aubet, p.e., podía resumir la expresión de un modelo conocido en lo que concierne a las razones del impulso colonizador fenicio hacia Occidente (1987: 76) como: *una autentica expansión, con todas sus implicaciones: territorial, agrícola, colonial, comercial, demográfica e intervencionista*, que respondía a la doble exigencia de producción de *excedente alimentario y obtención de plata, oro, cobre y estaño*.

³ En lo que atañe a la problemática tartésica, los datos se refieren a metales explotados y cantados tres y hasta cuatro siglos después de que llegasen hasta Occidente los primeros veleros fenicios, si mantenemos fechas y origen de la precolonización. Para fechas anteriores al siglo VIII a.C. siguen sin encontrarse pruebas concluyentes (Pérez Macías, 1995) de una producción local de algo que, como decía Tarradell, tuviese la ventaja de ser liviano y muy valioso (Tarradell, 1968).

⁴ En la lista de objetos precoloniales que confecciona Almagro-Gorbea (1989) no se cita el recurso local que se daba a cambio; la respuesta a esa cuestión se resuelve con datos que no pertenecen en sentido estricto a la documentación precolonial en Occidente pues sostiene su tesis en que los fenicios eran proveedores de metales hacia Asiria. Desde esta valoración ha sido habitual incluir la posibilidad de viajes sistemáticos y anteriores a la fundación de los primeros asentamientos estables documentados (según los datos arqueológicos, en el Morro de Mezquitilla a comienzos del siglo IX a.C.), por parte de los posteriores colonos. Los indicios parecen cada vez más antiguos (Torres Ortiz, 1998)) y sugieren ya que las primeras travesías de sus barcos no fueron posteriores al siglo X a.C. (G. Wagner, 1996), que buscarían contactos e información del terreno y explicarían la existencia un distante santuario-*karu*, de Melkart, en lo que después sería Gadir (G. Wagner, 1988). Como es lógico, aunque esta *fase* inicial de contactos se mantenga en una permanente oscuridad y sus documentos sean pobrísimos y confusos, su existencia como concepto es casi un argumento de sentido común, independientemente de su justificación arqueológica, dado que en los siguientes siglos se produjo una amplia ocupación de las costas del sur ibérico y del Magreb.

otras alternativas como la chipriota (Ruiz-Gálvez, 1995) o la tardomicénica (Bendala, 1979; 1995). Es posible que haya influido en esa atribución las ilusiones de coherencia con la que un acontecimiento puede ofrecerse como la preparación de algo posterior (Lessing, 1983) y cabe pensar, por tanto, que sin ellas y con los datos arqueológicos disponibles⁵, este origen de los exploradores o hasta el propio recuerdo de sus aventuras hubiera sido difícil de atribuir.

El trabajo de Mulhy ilustra así aspectos del problema de la verosimilitud en ausencia de datos y por tanto de los marcos lógicos utilizados en la interpretación. Cuando éstos se ocultan tras la obviedad, como creo que es el caso de algunos en el mundo precolonial ibérico, también adquieren la condición de invisibles, con lo que un método útil para observarlos puede consistir en proponer alternativas –aún delirantes– que contrasten sus contornos y muestren sus cualidades. Las líneas que siguen ofrecen una de ellas; se limitan a una presentación, en ningún caso una demostración, que se obtiene con un simple esbozo de datos e ideas muy conocidos y sin el aparato crítico que habría menester otra meta⁶. Y que, finalmente, ni pretende ni desea interesar con aquello que lanza cuanto observar las consecuencias del impacto en la materia que lo recibe. Es una alternativa que se interesa exclusivamente por las premisas generales que se han proyectado sobre el mundo de los comienzos del I Milenio a.C. en el Mediodía Ibérico y que se contenta con poner de relieve no tanto la realidad del pasado cuanto las convenciones del presente; plantea la posibilidad de que un Idolo de la Caverna correspondiente a las conductas haya afectado a los escasos datos que pueden reconstruir el entorno indígena de la Península Ibérica en las décadas anteriores al asentamiento fenicio.

⁵ En 1989, M. Almagro-Gorbea hacía recuento de las pruebas admitidas a reconstruir la etapa de los primeros contactos precoloniales, y contaba más de 60 objetos reales y casi cien imágenes, entre creaciones del artesanado sirio-fenicio o grabados en estelas decoradas. Eran objetos de prestigio y habían llegado a la Península Ibérica en un goteo regular y creciente desde el último cuarto de II Milenio a.C. hasta el siglo VIII a.C. Adquirido por contactos que habían sido, según este autor, una iniciativa fenicia que heredaba los sistemas de otros precursores, en el tiempo de los pueblos del mar (Almagro-Gorbea, 1989: 284) y testimoniaban por tanto las primeras recaladas fenicias en las playas de la Península Ibérica.

⁶ Esto supone graves inconvenientes y agravios. P.e., es ridículo reducir del modo que aquí se hace el pensamiento y la obra de M. Ruiz-Gálvez, artífice de una investigación mucho más extensa y ampliamente reconocida en el ámbito de la Arqueología protohistórica de la Península Ibérica.

**

Como se sabe, la obra sobre los dones de Marcel Mauss ha sido la guía de algunos trabajos recientes sobre el valor simbólico de los hallazgos de armas en ríos y lagos (Rowlands, 1986; Bradley, 1990) aplicables a la interpretación de los encontrados en la Península Ibérica procedentes del Bronce Final. Algunos investigadores (Escacena, 1992; Ruiz-Gálvez y Galán, 1991; Ruiz-Gálvez, 1995) lo han hecho —en parte— con el más espectacular, el Hallazgo de la Ría de Huelva (HRH)⁷, un conocido conjunto de cientos de armas encontrado por la draga del puerto onubense en 1923, al que suponen una deposición intencionada de carácter social y no práctico, explicando sus características más por su simbología jerárquica y social que por su valoración como mercancía. Esta perspectiva hacia la conducta social y simbólica del pasado comparte la tradición antropológica de Mauss en tanto afirma implícitamente que las conductas sociales de intercambio y ostentación son ante todo expresiones de un sistema de convivencia que alimenta su equilibrio con la auto-limitación de deseos e impulsos entre participantes. Esta es sin embargo una premisa problemática de cuya naturaleza relativa puede dar cuenta una comparación sobre una obra, la de Homero, en la que se contienen datos interesantes para la conducta social de los comienzos del I Milenio a.C. en el Mediterráneo.

Finley recuerda, en su libro sobre el mundo de Odiseo (1980: 82), que Platón (Leyes, 941) temía que el ejemplo de las rapiñas de los héroes aqueos fuese tomado como modelo de conducta en su propio tiempo; la cita era un contraste con el entorno que aquellas recreaban como lo era el propio libro de Finley, que era publicado en 1954; en un mundo transformado y donde la articulación de la convivencia era infinitamente más compleja, basada en un autocontrol de la conducta personal impensable para Aquiles y, también, para Platón. La hostilidad permanente en el mundo homérico era para Finley un escenario ajeno hacia el que concentra su atención, deteniéndose en aspectos interesantes desde su perspectiva de los mediados del siglo XX: articulación de la familia y el grupo, ética y valores, riqueza y trabajo, etc. Aparentemente compartía la perspectiva de la ética platónica en lo que se refiere al rechazo de la violencia o la piratería, pero solo aparentemente. La perspectiva de Finley era

⁷ M. Ruiz-Gálvez., Ed.: *Ritos de paso y puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final Europeo*. Complutum, Extra 5, Madrid, 1995.

mucho más civilizada si entendemos por eso el estadio que para su sociedad había alcanzado la interiorización del autocontrol en el individuo. Y por ello era también menos libre. La atención a los valores, a la correspondencia de regalos, al equilibrio, parte ya entonces de una premisa fundacional, la de que el nivel elevado de autocontrol individual es la base de toda convivencia.

Es necesario señalar que una explicación que atiende, como en el caso citado de Escacena y Ruiz-Gálvez [sobre el hallazgo de la ría de Huelva], a la cualidad simbólica de las armas en el procede de una sociedad que acumula ya esa secular e *interiorizada* simbolización de conductas y objetos (Elias, 1989) y concuerda con el acceso a la realidad homérica que hace Finley en que los autores se ocupan en realidad de algo vital para su propio mundo: en aquello que, mediante recursos ideológicos, evita los conflictos. De ahí que un problema surja de inmediato, pues hay algo que se deduce de la naturaleza adaptativa o perniciosa de la agresividad en los agregados humanos en función del entorno: el mundo académico actual está mucho más interesado que el mundo de Odiseo en los mecanismos que evitan el conflicto violento; pero muchos siglos antes, y en un entorno social muy distinto, los héroes de Homero estaban más atentos a su rentabilidad o a defenderse de él.

1. LA EDAD OSCURA

Hagamos cuestión de saber si con esta perspectiva contemporánea que tiende básicamente a reducir los conflictos se proyecta sobre el entorno de Odiseo o de la Andalucía del Bronce Final, la expectativa de conductas también contemporáneas, influyendo en la interpretación de sus restos. La respuesta podría estar en un análisis alternativo, que incluyese una perspectiva *más arcaica*, del conflicto intergrupal y de su violencia. La perspectiva implícita de la explicación al vacío poblacional de Andalucía en el Bronce Final desarrollada por M. Belén y J.L. Escacena es un ejemplo, y se cita por eso, de enigma en el que pudo contar esa perspectiva en la solución.

A saber, en algunos estudios en torno a los albores de la cultura tartésica, los cambios en el patrón de asentamientos se explicaron como resultado de un crecimiento de la población, a su vez consecuencia de una previa mejora de las condiciones ambientales (Pellicer, 1989), que ya se considera patente en el siglo VIII a.C. (Harrison y Moreno, 1986). En ello pesa, naturalmente, una lógica de la adaptación humana que ha sido confirmada muchas veces. Pero en el caso de la Cuenca del Guadalquivir

existe un problema e importante: la investigación de este primer poblamiento protohistórico en Andalucía no encuentra restos de una población previa que, aún escasa, pudiera crecer y extenderse. En efecto, según los datos recogidos por Belén y Escacena (1992, 1995), al final del Bronce Medio se produjo un fenómeno extraño en toda la Cuenca del Guadalquivir. Los asentamientos humanos fueron quedándose sin ocupantes de una forma simultánea y casi repentina. No hay datos para saber qué pudo ocurrirles a sus habitantes, pues no han sido documentados restos datables en las décadas siguientes, siéndonos desconocidos allí los indicios de presencia humana durante casi un siglo y medio tras el abandono. Después de un largo y extraño silencio, solo algunos, muy pocos, poblados parecen haber sido fundados o volvieron a ser habitados a lo largo del siglo IX a.C. Según Escacena (1995), para entonces ya pueden ser fechados algunos restos (Montoro, Setefilla, Carmona, Huelva) pero su escasez es todavía llamativa, sobre todo en relación al número de nuevos asentamientos (hasta 23) que pueden datarse en el siglo VIII a.C. Un contraste que ha sido descrito como la evidencia de una explosión demográfica que continúa en el siglo VII a.C. (26 poblados)⁸.

La ausencia de raíces de aquella ocupación precolonial del siglo IX a.C. era tal que no justificaban la modificación de las cronologías relativas ni el recurso a un modelo habitacional a lo Cogotas I. Esta carencia de datos fué calificada de Edad Oscura⁹, un concepto sugerente y nada aséptico, que parece asociar desde entonces el avatar de la Península en el proceso global del conjunto del Mediterráneo: el hiato cronológico en el Egeo es el mismo que encontramos entre las fechas de abandono y repoblación en Montoro, Carmona o El Berrueco, y su crítica está encadenada estrechamente a la que se le pueda hacer a aquel (James, 1993).

En realidad, lo que hace aparecer a esta Edad Oscura como algo contradictorio es el vacío. El sentido común hace inquietante esa ausencia de restos anteriores al siglo IX a.C., esa ruptura entre el Bronce Medio y el Precolonial tartésico. Se puede admitir que una catástrofe (una epidemia,

⁸ Todavía, la sola posibilidad de que el territorio en las etapas previas al contacto estuviese apenas ocupado es objeto de debate. Mientras Belén y Escacena defienden una Edad Oscura Precolonial, sin rastros de población, después de abandonos de poblados detectables en el Bronce Medio, otros autores (Ruiz Mata, c.p.) señalan indicios de poblaciones numerosas en los entornos sometidos a prospección sistemática.

⁹ Un hiato y concepto que ya se deducía de la síntesis de Belén y Escacena (1992), cuando articularon en etapas la Protohistoria andaluza (Escacena, 1995; Belén y Escacena, 1995).

p.e.) llegase a diezmar la zona durante uno o dos siglos pero cuesta creer que los recursos (y sin competencia) del Valle del Guadalquivir no hubiesen atraído hasta allí a otros grupos en ese tiempo aunque las condiciones ambientales no hubiesen sido tan favorables como las del siglo VIII a.C.¹⁰.

El modelo del que partieron Belén y Escacena para comprender el paso del desierto al auge demográfico en el transcurso de tres siglos, se sustentó en la observación de la posterior capacidad económica tartésica: la especialización, en el marco de un sistema global que llegaría con el tiempo a una crisis. En coherencia con ello y con la evidencia de que algunos yacimientos surgieron lejos de los centros mineros de importancia, descartaron a la minería en tanto causa económica universal del espectacular desarrollo demográfico precolonial. Los datos imprecisos y la imposibilidad de encontrar un nexo consistente, liberó también a la presencia fenicia, de la responsabilidad en un progreso económico que de todos modos se había producido antes. Añoraban en la investigación un mayor interés hacia los recursos económicos que hubiesen funcionado como factor de atracción: *de manera que carece aún de base documental los factores económicos que funcionaron como pilares de la expansión demográfica* (Belén y Escacena, 1992: 71). En coherencia con esta hipótesis que necesitaba de un factor de atracción y también de una población que fuese atraída, propusieron (1992: Escacena, 1995: 196) un flujo de inmigrantes que se encauzaba, además, hacia un territorio vacío.

Encontraron factores de atracción en la ubicación de los poblados. Ciertamente muchos de los fundados en el Bronce Final (Sevilla, Lebrija, Asta Regia, etc.) lo fueron junto a vías fluviales que naturalmente ofrecían, como demuestran los estudios de fauna, sustento regular a sus habitantes y tanto que posiblemente les habría de salvar de la hipotética crisis de finales del siglo VI a.C. y que, por lo demás, proporcionaban siempre un factor añadido de seguridad porque, por lo general se encontraban en puntos de difícil acceso. *La elección como puntos de asentamiento de lugares elevados de fácil defensa, tuvo como razón de ser las posibilidades estratégicas que éstos ofrecían para unas comunidades humanas organizadas a nivel político y social todavía con criterios tribales prehistóricos. A estas causas se unieron en ocasiones motivos más vinculados a la propia capacidad de subsistencia de los distintos grupos*

¹⁰ En torno a las cuestiones que suscita el tratamiento ambientalista de los abandonos Cfr. Lillios, 1993.

locales, por lo que no es raro observar un intento de control de las principales vías de comunicación, tanto fluviales como terrestres. (Belén y Escacena, 1992: 66). Esta cita establece un marco prudente sobre las razones de este simultáneo y análogo asentamiento en *puntos estratégicos*, esto es: razones estratégico-defensivas y económicas que por la pura naturaleza del conocimiento es imposible concretar. Pero, también, en esta aséptica fórmula se hacía exclusión implícita, p.e., de cualquier acontecimiento que hubiese obligado al conjunto de la población a protegerse en fortines, toda vez que aducen, para explicar la elección de estos lugares, un factor de costumbre: la organización político social (previa) de raigambre tribal.

Escacena (1995: 192) lo señala con claridad *«el hiato entre el Bronce Medio y el Bronce Final deja sin raíces locales al mundo tartésico precolonial»*. Pero, entonces, ¿de dónde procedía la población? Este autor recuerda que de haberse dado un poblamiento disperso y estacional previo a la explosión demográfica debería haberse producido algún hallazgo, aún manchas y cerámicas dispersas, que hubiesen indicado la penuria de unos refugios temporales. Y, al menos todavía, no existen tales rastros. Así, la singular duda sobre la despoblación completa de este territorio procede de lo difícil que resulta explicar la creación de tantos habitats a expensas de quienes no dejaron ruinas. Belén y Escacena (1992: 71) proponían inicialmente, como ya se ha dicho, por eso y provisionalmente, la sucesión de dos oleadas de emigrantes que ocuparon un fértil y abandonado país de forma rápida y eficaz; primero por unas avanzadillas en territorio casi despoblado en el siglo IX a.C. (p.e. Carmona, Huelva, Lebrija) y otro definitivo, en estos y otros puntos, a costa de pobladores que reintroducen desde la Meseta el Boquique y la excisión. Más adelante (Belén y Escacena, 1995: 96) sobre la crítica de nuevos datos habrían de cambiar mucho esta posición, admitiendo la posibilidad de una migración aunque no masiva y, para explicar la velocidad del crecimiento, la adquisición de nuevas tecnologías (Belén y Escacena, 1995: 99).

Con el modo en el se han expuesto los elementos de la teoría de Belén y Escacena, no se hace justicia a un sólido trabajo que aquí se esquematiza interesadamente. La razón de hacerlo ha sido acentuar algunas características de la estructura de las cuestiones. P.e., que cuando se describe la cuestión como un problema de expansión demográfica, en el orden de sus premisas acecha una pequeña trampa: concentra la atención en un solo aspecto. En realidad este misterio tiene —entre otros— dos vertientes, el de la ausencia y el de la abundancia de

población en un mismo territorio y en épocas sucesivas ¹¹. Pero así descrita, la búsqueda de una solución parece reducirse, a causa del título de la pregunta, a una de ellas, la casi repentina aparición de pobladores sobre todo en el siglo VIII a.C., lo que contrasta con el espacio dedicado a explicar la despoblación previa. Concentrarse en el hallazgo de algo que pudiese atraer a unos pocos grupos y explique su espectacular crecimiento en pocas generaciones, ha hecho perder consistencia a otras posibilidades, segmentado el conjunto de hechos a explicar y descuidado una cautela: que en esta solución al problema del origen de la población tartésica precolonial pueda existir una dificultad procedente del camino que ha tomado la ordenación lógica de los datos y que resumiríamos como una multiplicación ideológicamente codificada de las preguntas.

2. EL PROBLEMA DE LA PERSPECTIVA

La búsqueda de una única causa para las dos caras del problema del poblamiento precolonial concluiría primero que aquello que persuade a otros grupos de llegar a este territorio podría dar cuenta también de la ausencia de población, de la formación de posteriores agrupaciones e incluso del inicial abandono. Explicaría más el suponer que la concentración precolonial no fue, por decirlo así, el resultado de la llegada del bien (aparición o aumento de recursos económicos) sino de la persistencia del mal. Que la construcción de poblados que se inicia en el siglo IX a.C. (Huelva, Carmona, Setefilla y Montoro) y se multiplica en el siglo VIII a.C. sería la postrera solución adaptativa, la salida a un estado de caos generado entre las poblaciones del Valle del Guadalquivir a causa de un proceso no detectado y quizás indetectable que comenzó en torno a las fechas en las que es fundada Gadir. Propondría que el crecimiento demográfico en el siglo VIII a.C. (con previa Edad Oscura o sin ella) fuese atribuido, p.e., a una causa desconocida pero *única* que primero dispersó y después concentró poco a poco a campesinos en lugares de fácil defensa. Un modelo que se deduce de un marco superior (siempre hipotético) en el

¹¹ Al utilizar parte de las conclusiones de Belén y Escacena(1992; 1995) no se hace justicia a una investigación que tiene muy presente el problema epistemológico al que me refiero. La prueba está en la crítica que estos autores han dedicado a las distintas hipótesis que intentan «rellenar» el vacío poblacional y que quedarán por ellos, y con estilo, bien bautizadas (*Un mundo sin final, Las armas de nadie, La Edad Oscura*).

que las circunstancias históricas provocan directa o indirectamente la destrucción de las estructuras básicas del mundo indígena en un grado tal que sus efectos se correspondiesen con la ausencia de documentos de habitaciones estables o tumbas. Desde las fechas, repito, que contienen los textos para la fundación de Gadir o Lixus, que son, aproximadamente, las del abandono de los poblados al final del Bronce Medio.

Los autores que hablan de esta Edad Oscura han calificado de fantástica la solución de un poblamiento sin datos positivos, añadiendo que son rarísimos los grupos nómadas que no han dejado huellas (Belén y Escacena, 1995: 98). Tienen razón cuando señalan que es una lógica propicia a los disparates. Pero también, como decía Adorno, puede ser la muestra de cuán fácilmente el escepticismo hacia lo no demostrado se convierte en la prohibición de pensar. Y en este caso, la resistencia a hacerlo podría estar determinada por la resistencia a romper con el marco civilizado del razonamiento admitido. Una perspectiva diferente podría concentrarse, p.e., en que las fechas de los objetos de prestigio precoloniales coinciden con la Edad Oscura en la Península Ibérica y coinciden por tanto con fortificaciones en los primeros asentamientos fenicios y la posibilidad de la devastación del habitat humano en el interior. Serían tenues sombras, luego de tres mil años de lluvias, que transmiten apenas la sensación de un mundo primitivo y diferente, en el que la precariedad económica o física de sus habitantes determinaba un ámbito de adaptación ahora incomprensible. La diferencia del que aquí se contiene con el que llamaríamos marco de razonamiento admitido sería el que media entre el que incluye la violencia tal y como se constata en la Antigüedad y una perspectiva *civilizada* de los fenómenos de la evolución histórica.

3. EL COMERCIO SILENCIOSO

Adolfo Domínguez Monedero defendió en 1994 un modelo en fases para los primeros contactos de los fenicios en las costas de Occidente, sustentándolo en las descripciones del Pseudo-Excilax y en los textos de Heródoto y Estrabón (III,5,5). Propone que aquello que describe el Pseudo-Excilax en el caso de Cerne (esto es, la atenta prevención con la que se cambiaban mercancías en las playas sin llegar a acercarse quienes lo hacen), evoca una práctica precolonial que es generalizable a otras áreas de Occidente. Lo mismo aplica a la noticia de lo que después se ha llamado el comercio silencioso en Heródoto IV, 196. En coherencia con su hipótesis, sugiere una fase precolonial que acogía estos rituales en el entorno de

Cádiz y el Castillo de Doña Blanca, dado que los datos de habitación más antigua en este último poblado pertenecían a los finales del siglo IX a.C. o principios del siglo VIII a.C. y ofrecen ya un aspecto en nada provisional. Sería una fase de la que todavía no existen vestigios y de la que quizás se mantuviese, en la célebre cita de Estrabón sobre la fundación de Gadir, un eco confuso y lejano. Esta hipótesis muestra, sin entrar en cuestión de otras cualidades, la específica ritualidad de la práctica del intercambio y, en definitiva, la relevancia del factor de la comunicación.

En las fases de Domínguez Monedero se contiene un avance en los conocimientos sobre los comienzos de I Milenio a.C. en la costa meridional ibérica una de cuyas virtudes es captar algo del *ambiente* en la fase anterior a la colonización fenicia. Pero con la condición de acceder de otro modo al atribuido en los textos del Pseudo-Escilax y de Heródoto y desnudando la imagen de modelo de aséptico ritual de compras. En realidad así descrito, el comienzo del comercio silencioso transmite una actitud de absoluta desconfianza física de los participantes, tanto que ni siquiera desembarcan de los barcos para comerciar (aunque sí exponen sus mercaderías). La segunda etapa, en la que se tramita en puntos intermedios, define con su ritual de acercamiento un idéntico temor. Naturalmente siempre es posible que estos textos describan excepciones memorables y recuerden estos hechos porque se alejan de lo obvio, de lo normal. Heródoto no cuenta más que una curiosa práctica de los cartagineses al fondear en cierto lugar de la costa de Libia, más allá de las Columnas de Hércules. Pero es innegable su coherencia con el ambiente de inseguridad de las primeras fundaciones. Las fortificaciones precoloniales de los fenicios en sus primeros asentamientos son un hecho (p.e., Tucídides VI,2,6) y lo son las propiedades defensivas de los tipos de promontorio elegidos para sus factorías (Schubart, 1993). Transmiten en conjunto una dinámica de la realidad social en el mundo arcaico que se desliza muchas veces en alusiones indirectas, en las que su obviedad forma parte del mundo en el que se desarrolla. Dinámica que tiene origen, así como unas claras consecuencias y efectos en uno de los principales objetos de búsqueda en el mundo antiguo y que explicaría la prevención y el alejamiento con el que se efectúan los intercambios entre fenicios e indígenas: la captura de esclavos.

Como en Heródoto y el Pseudo-Escilax es posible encontrar en un Mediterráneo más avanzado, p.e., en *Diodoro Sículo* el eco de unas prácticas comerciales, pero también de la obviedad del tráfico de seres humanos para quien cumple cita tan solo por lo desmedido del precio. Sobre las Baleares escribe que sus habitantes *son muy aficionados a las mujeres y las valoran hasta tal extremo que de llegar unos piratas de arribada y*

ofrecerles una mujer corresponden en pago con tres o, en ocasiones, cuatro esclavos...(V,17,2). Las fechas de Diodoro hacen que admitamos la persistencia de esta práctica todavía para cientos de años después de los inicios de la colonización fenicia en Occidente. Pero, como se puede comprobar, en ella se contiene además una de aquellas sombras, un orden en el trasiego de esclavas que nos lleva a la época de los poemas de Homero¹². Recuérdese que en el modeo en que los habitantes de las Pitiusas pagaban un alto precio por la mujeres ofrecidas Laertes llegó a pagar el valor de veinte bueyes, por Euriclea (Od. I, 430-431). Son solo sombras, pero estas sombras pueden tener la virtud de abrir una perspectiva distinta en la lógica de los contactos en un mundo olvidado para entender con ella los enigmas del poblamiento precolonial. Si admitimos lo que implica, encontraríamos multiplicados los ejemplos de destrucción biológica de grupos o la explicación de la huída: no habría más que suponer la captura o compra sistemática de hombres y mujeres para explicar la despoblación de un territorio durante generaciones. Encontrando, de paso, hasta un nuevo estímulo para los viajes fenicios a Occidente.

Con los datos de Belén y Escacena ¿qué impide pensar que el primer impulso de la urbanización en el Valle del Guadalquivir no haya sido otra cosa que la búsqueda de protección?; ¿llegaría ésta a generar nuevas formas de refugio, acuciadas por un conflicto profundo? Una causa así habría de cumplir la condición de ser persistente en el tiempo y con capacidad para destruir las bases de la cohesión social y de la economía; tendría que dar cuenta de la despoblación de territorios, la aparición de nuevas formas de organización que se alimentasen a sí mismas y que lo hiciesen con las virtudes de los organismos de protección. Obsérvese que la mera posibilidad de encontrar un factor tal, oculto y dramático, debería estimular la investigación. Porque esta hipótesis se habría de batir en justificar la ausencia de restos datables anteriores al siglo IX a.C. y en justificar la presencia de posteriores concentraciones en los poblados tar-tésicos con un único supuesto, cuando con otras más agradables (p.e., riqueza de minerales) se necesitarían más. El panorama de un valle del Guadalquivir vacío no sería, por tanto, el único dato que nos llevaría a plantear la búsqueda de esa causa embozada y terrible como un factor histórico. Una hipótesis que podría responder primero de un abandono general y, al final, de un proceso de concentración.

¹² Basta citar como ejemplo las esclavas ofrecidas por Aquiles como premio en los funerales de Patroclo: IL XXIII, 259-261.

Para ello bastaría con valorar la posibilidad de que los niveles más antiguos de Carmona, Setefilla o Estepa muestren las pruebas del inicio de una concentración de poblaciones dispersas (e indetectada por las prospecciones) antes que las primeras huellas de inmigrantes, asumiendo que iguales pruebas habrían para afirmar una cosa como la otra. La condición sería explicar las características de las chozas en los niveles precoloniales en lugares altos, cercados y reducidos como una adaptación inicial de las construcciones a un ambiente distinto que no ha sido detectado¹³. Es posible, al menos en teoría, pensar que los primeros asentamientos en cercado se hicieron con las técnicas de construcción utilizadas con anterioridad en otro entorno y que por eso las señas de las cabañas del primer horizonte precolonial serían difícilmente localizables en puntos en los que no se produzca una mínima concentración de materiales como ocurre en los yacimientos importantes. Añadir, por otro lado, que los puntos de control de caminos o territorios, uno de los factores considerados clave para la expansión económica de los poblados como Setefilla o El Carambolo, fueron también puntos de fácil defensa, que es una propiedad no valorada por mucho que la atención a esta característica, incluso a la de la propia concentración de personas en función de mutua ayuda, abriría un ámbito de explicación opuesto¹⁴.

¹³ Las primeras viviendas de este horizonte, ya en los yacimientos clásicos, eran cabañas de envarado, con planta ovalada o circular, sostenidas por pequeños zócalos de piedra o adobes y cubiertas por un entramado vegetal; han sido localizadas en el Carambolo Alto, Montemolín, Colina de los Quemados, Vega de Santa Lucía, etc. Es un tipo de casa que no guarda relación con las de muros rectos de las construidas en el Bronce Pleno en la misma zona aunque en Lebrija o en Acinipo aparecen coexistiendo. Las plantas circulares y ovaladas son frecuentes en asentamientos temporales de grupos empobrecidos con su correspondiente –y adaptada– estructura social y económica. Es lógica la posterior transformación hacia la casa rectangular dada su mayor adecuación en un espacio limitado y estos asentamientos lo eran, fuese por influencia fenicia, porque fueron rodeados inmediatamente por muros protectores o intentaban adaptarse a lugares limitados.

¹⁴ A pesar de que los datos de murallas precoloniales son muy pocos (cuentan una reutilización, la que en Setefilla se ha documentado con una torre fechable en el siglo VIII a.C. aprovechando antiguas defensas del Bronce Pleno y los restos de otra en Carmona (Jiménez, 1989:181 ss.) y el Cabezo de San Pedro), y que para suponer estas defensas todavía no existe más que los indicios indirectos en datos posteriores, el mantenimiento de murallas durante el orientalizante tartésico en Niebla (Belén, 1995), o el mismo caso de Tejada la Vieja (Fernández-Jurado, 1987) indica un nivel de inseguridad que encontrará confirmación en otros yacimientos en los que la misma situación es defensiva (pero en los que o no se han datado con precisión las defensas como en Montemolín o pertenecen a otro contexto, como en Castillo de Doña Blanca). Incluso se han documentado piedras hincadas frente a un lugar bien defendido, el poblado de El Castillo, en Aroche(Huelva). Belén y Escacena(1995), recuerdan sus paralelos en Campos de Urnas.

4. LAS ANALOGÍAS CON AFRICA

El mejor ejemplo de una despoblación causada por la captura de esclavos se encuentra en la trata medieval islámica que expolió el África Subsahariana y donde provocó catástrofes demográficas¹⁵ bien documentadas. Grandes zonas de África Occidental y Central sufrieron durante siglos las visitas de negreros musulmanes¹⁶ procedentes del Norte y del Oeste que frecuentemente arrasaron poblaciones y provocaron su huida, incluso su desaparición. Existen tradiciones orales que describen numerosos casos de éxodo de poblaciones enteras a causa del miedo a las incursiones de negreros de una procedencia u otra (Curtin, 1967). En algún caso la presión fue tan fuerte que los grupos sencillamente desaparecieron, como es el caso de la civilización megalítica senegambiana (Thilmans y col., 1980). Lo que en general, con la ocupación paulatina de las zonas vacías y la consiguiente ampliación de los cazaderos ha supuesto grandes transformaciones históricas bien documentadas en el África subsahariana. En provecho de su registro arqueológico la caza del hombre generó una dinámica cuyas manifestaciones han sido reconocidas en el abandono de habitats y el emplazamiento de otros protegidos por acantilados, siendo el ejemplo más conocido el refugio de los dogon en la falla de Bandiagara. La actividad de captura de esclavos implicó entre las víctimas una reacción detectable en algunos casos a través de la Arqueología pero sólo cuando los supervivientes lograban suficiente protección. Son casos como los del habitat malinke (Meillassoux, 1966) o la evolución de los mosi

¹⁵ No es posible encontrar un paralelo con la tragedia en la costa occidental africana dados los volúmenes de tráfico humano desde Enrique el Navegante hasta los comienzos del siglo XX, pero cuando se consideran todos sus períodos, las dimensiones de la tragedia africana en su conjunto son asombrosas y sobrecogedoras. El cálculo que incluye al comercio subsahariano de esclavos desde la costa del Magreb por los reinos musulmanes desde el 850 dC. hasta 1910 propone una cifra no menor a diecinueve millones de personas esclavizadas (Inikori, 1979:57). Sus consecuencias explican la extremadamente baja densidad de población en las tierras cultivables en la primera parte del siglo XX y una –todavía hoy– dispersa población en unidades localmente reducidas a sistemas muy atrasados de agricultura. Los siglos del comercio a gran escala fueron, sin embargo, el XVII y el XVIII, correspondientes a los de máxima competencia económica en América.

¹⁶ La población del África Occidental sufría ya desde mucho antes los efectos del comercio de esclavos hacia el norte y a través de las caravanas, que habían convertido a toda el África subsahariana en un enorme proveedor; al menos desde el siglo IX dC. Las fuentes medievales magrebíes describen la captura de sus vecinos (llamados Lam Lam) por parte de los habitantes de la costa africana occidental desde el siglo XI y señalan que después eran vendidos en gran número en el Magreb occidental.

(Skinner, 1964), repliegues defensivos que tienen como consecuencia el surgimiento de una aristocracia militar protectora (Meillassoux, 1990: 57). Cuando llegaron los europeos, el proceso repitió características (DeCorse, 1992). Las colonias europeas en la costa occidental profundizaron aún más en la despoblación de la costa y del interior, proporcionando más ejemplos de los efectos de la búsqueda de esclavos sobre poblaciones y organizaciones, de la profunda transformación que provoca en la ideología, el arte y la arqueología de los participantes (Curtin, 1969; Connah, 1975)¹⁷. Las analogías con la arqueología europea, en concreto con el Hallstatt Tardío, fueron ya señaladas por Härke (1982).

Por otra parte, la rentabilidad de los viajes marítimos a la busca de esclavos encuentra los mejores ejemplos en la exploración portuguesa de la costa occidental africana a mediados del siglo XV y a partir sobre todo de la expedición de Antao Gonçalves de 1441, cuando se produce un cambio en la valoración de los territorios al Sur del Cabo Bojador y el comienzo de la ruina demográfica del Africa Occidental a manos europeas. Si antes Don Enrique había invertido importantes sumas en la busca de una derrota hacia el oro de Tombuctú¹⁸, a partir de entonces las expediciones se organizaron ya en función principal de las presas humanas. Año tras año las víctimas llegarán a Portugal en grupos mayores y serán cada vez más los capitanes que emprenderán una aventura que solo atendía ya a otras mercaderías cuando no puede acceder a los esclavos. Otro paso fue la captura directa de negros en su propia tierra, iniciada por Denis Dias en 1444, una novedad que indujo un fuerte aumento en beneficios. Pacheco Pereira escribe (Cortés López, 1994), poco después, que solo del territorio adyacente al río Senegal salen por año unos tres mil quinientos esclavos, lo que proporcionaba al promotor y al rey de Portugal importantes ganancias. Y es de considerar la rapidez con la que esta mercancía llegó a ser causa de un intenso tráfico marítimo previo a la colonización. Allí bastó una generación para adaptar la maquinaria económica empleada por los portugueses a las condiciones

¹⁷ Transformaciones que no solo se expresaron en el sentido del sometimiento indígena como prueba la historia del reino Hueda en Whydah y la arqueología de su capital Savi como consecuencia del tráfico de esclavos (Kelly, 1997).

¹⁸ La narración de las primeras aventuras africanas de Enrique el Navegante sugiere que desde muy antiguo éstas podían derivar con notable facilidad en búsqueda de esclavos (Cortés López, 1994). Era ésta una práctica medieval que formaba parte de las expectativas de botín o al menos, como parece desprenderse de las Crónicas de Pacheco Pereira y otros, como un modo lícito de compensar una exploración fallida, de rentabilizar las inversiones del Príncipe.

de lejanía, cultura y política de las poblaciones de la costa africana frecuentada por ellos. Es un modelo interesante para compararlo con la Protohistoria Ibérica¹⁹: luego de lograr la estabilidad, el monarca portugués dejó de controlar directamente el intercambio y pasó a hacer concesiones sobre el derecho a obtener o distribuir esclavos por zonas y períodos. Los datos indican que los intereses de colonos e indígenas proveedores encajaron con rapidez comprobándose en la fijación del precio referido a esclavos sobre otras mercancías, sobre todo caballos y objetos metálicos²⁰. La trata de esclavos emprendida por europeos en Africa Occidental era, por tanto rentable aún antes del descubrimiento de América y la proliferación de colonias, portuguesas o no, atraídas por ella, anterior a éste. La competencia por acceder a las costas y su recurso humano enseguida surgió en otras potencias (incluida Castilla), se multiplicó en la provisión de América y acentuó los efectos demográficos descritos.

5. LOS REGALOS DE AQUILES

Finley (1980:119) ya señalaba que la relación normal entre las comunidades que describe Homero era la de una permanente hostilidad y que en su función se establecían las alianzas y los vínculos personales. Las agresiones emprendidas tenían la finalidad abierta u oculta de obtener un botín en el que siempre era deseable obtener esclavos. Así, el alma de Agamenón les preguntaba a los jóvenes de Itaca si habían muerto a manos de enemigos que protegían a sus rebaños, su ciudad o sus mujeres (Od., 24, 111-113) o se entienden mejor las palabras de Telémaco a Antínoo: *yo seré soberano en mi casa, mandando en los siervos que ganó para mí en*

¹⁹ La muestra está en dos textos. Uno, de Alvise de Cadamosto (lo cito en la transcripción de Cortés López) relata para 1455 como el Infante después de años de guerra en Senegal: *tutto sié ridotto a pace, e a tratto di mercanzia; e non consente il detto signor Infante, che sia fatto più danno a alcuno, perché egli spera che conversando con Cristiani legghiermente si potriano ridurre alla fede nostra*. En el mismo sentido, para la misma época, Jerónimo Munzer: *servindo-se dos seus intérpretes, percorre quase toda a Etiópia e obtém continiamente pelos seus presentes a protecçao dos reis mais importantes, pois nao é possível submete-los, e, mesmo que os submetesse, pouco proveito tiraria disso...*

²⁰ En Senegal, se pagaron entonces diez y hasta doce esclavos por un caballo si era en la costa, mientras que se reducía a 6 o 7 si era en el interior; en la zona de las actuales Costa de Marfil y Ghana se pagaban 12 a 15 manillas de latón por esclavo, y en Camerún de 8 a 10 manillas de cobre.

los combates Ulises divino (I, 394-398)²¹. Es un mundo en el que el destino de las mujeres de los vencidos es siempre la esclavitud, desde la mujer de Héctor (II.VI, 450-458) hasta las habitantes de Ismaro (Od. IX, 40-42) y se convierten constantemente en un objetivo económico y en un regalo, como en los presentes de la reparación de Aquiles (II. IX, 121-156). Pero no sólo las mujeres fueron el objetivo de las agresiones: las citas transmiten la intención de obtener este tipo de botín y también, en su lógica, el destino que aguardaba a quienes por la fuerza o la inteligencia no pudieran protegerse colectiva o individualmente de los raptos.

De ahí que cualquier tipo de superioridad militar se traduzca, en la obra homérica y en general para toda la Antigüedad²², en una inmediata posibilidad económica a través de la captura de esclavos. Superioridad militar que es la que se produce siempre en los primeros estadios de un contacto entre dos sociedades con distintos grados de tecnología. En el caso de Africa parece evidente: fuese el corcel de batalla o el uso de la caballería y el fusil, era esencial en los siglos XVIII y XIX la posesión de un instrumento –siempre de violencia– que proporcionase el punto de superioridad sobre las poblaciones expoliadas (Goody: 1971). Otra cosa sería saber si entre las poblaciones del sur de la Península Ibérica y los navegantes fenicios existía esa diferencia, de modo que se pueda establecer como hipótesis, y basándose en las analogías con el Mundo de Odiseo, que para los fenicios fue tan rentable llegar hasta las Columnas de Hércules como para los portugueses alcanzar el Senegal. Ello implica la reconsideración de los datos sobre el nivel cultural indígena, que incluso en plena colonización y con las minas abiertas siguen siendo muy discutidos (Wagner, 1995; Bendala, 1995); así mismo, de las razones económicas como pueden ser las de la demanda en Oriente. Si en el primero de los ámbitos parece claro que el panorama que proponen Belén y Escacena se avendría a las analogías con los expolios africanos, en el segundo incluso sería importante señalar que la apertura de las minas de Chipre, p.e., proporciona una actividad y un centro que habría de satisfacer una demanda constante. Es posible que nadie, como duda Mulhy, cruzase el Mediterráneo para buscar nuevas fuentes de plata o estaño; pero quizás sí lo hiciesen para buscar mujeres o a quienes explotasen el metal en un Egeo cada vez más precavido.

²¹ Trad. José Manuel Pabón.

²² La extensión del fenómeno en la Antigüedad es de sobra conocida. Interesa ahora su aplicación al razonamiento arqueológico en contextos protohistóricos: Finley, 1959; 1960; 1979; Härke, 1982; Arnold, 1991.

6. LA DINÁMICA DEL CONFLICTO

La expectativa de una dinámica de violencia como marco lógico del proceso del primer contacto supone la expectativa de un consiguiente proceso histórico. Es el proceso que repiten las descripciones de trata de negros en la Edad Media del Magreb, entre los siglos XI y XV: la formación de estructuras militares en constante actividad contra las poblaciones al sur del Sahel y el Sonxai. Llegan a ser estructuras estatales como Ghana (en el Sahel), Silla (en el valle del Senegal), Malli, Beni-Lemtuna y el de los almorávides, que emprenden la guerra santa (incluso cada año) contra infieles indefensos²³. Dedicaron progresivamente grandes contingentes de guerreros a sistemáticas expediciones contra países lejanos e inermes (Wangara, Kaniaga, Bitu, Malí, etc) y, obligadas por su misma dinámica a buscar los cautivos en condiciones más adversas, llegaron a hacerlo aún entre creyentes cuando en el siglo XVI empezaron a escasear los paganos. La agresividad creciente se convirtió así en un factor crucial de la transformación de las sociedades que practicaron la trata, tanto como la capacidad de organizar y avituallar sus expediciones. El fenómeno alcanzó tal dimensión que Meillassoux considera a la trata de esclavos, antes que la explotación del oro (aunque durante años aquella no se consideró sino un elemento secundario al tráfico de metales), como el motor de la transformación histórica del Sahel y del área sudanesa (Meillassoux, 1990: 51). Y señala como la capacidad de organización de las incursiones, cuando estas se alejaron o se enfrentaban a defensas cada vez más eficaces, solo fue posible cuando simultáneamente evolucionaron las condiciones estructurales y la agresividad del grupo que las dotaba (Ibid: 58)²⁴: algo que recuerda al

²³ La protección ideológica del Islam fue una premisa dada en el modelo de expansión de las redes comerciales sahariano-sahelianas y en la transformación social descrita. Cabría atribuirle, sin embargo, demasiada importancia si no fuese porque la demanda procedente de las factorías europeas de la costa en el siglo XVII provocó ya en la sabana el mismo efecto entre quienes no eran creyentes: inseguridad, organización de bandas, asaltos al poder por parte de mercenarios o la constitución de preeminentes grupos militares.

²⁴ Las crónicas de las hazañas guerreras de la clase aristocrática y musulmana son el montante mayor de los documentos preservados pues la mayor parte de las otras zonas del tejido social han quedado para siempre en olvido. Desde fuera, como en el caso de otro mensaje (p.e. el de las estelas) adquiere un protagonismo globalizador. Los hombres susceptibles de caza se reducen, en los documentos conservados de los cazadores a individuos de inferior entidad «salvajes», «estúpidos», «caníbales», etc. Algo que visualmente puede representarse en distintas escalas. En la estela de Ategua aparecen tres distintas escalas para representar seres humanos. La diferencia de tamaño entre el personaje principal y los supuestos servidores a sus pies es de 1 a 23. Es importante, sin embargo recordar que en

mundo de Odiseo: *La fase de dominación de los estados medievales del Sahel correspondería a la constitución y a la dominación de una clase aristocrática edificada sobre la guerra de rapiña*²⁵. Por lo menos hasta el siglo XVI, la trata de esclavos se vincula también con la emergencia de ciudades comerciales en el interior (Kong, Jenne) que sobreviven a las formaciones políticas imperiales. La ciudad de Segu y la sociedad que la habitaba, es una muestra (Ibid: p. 68). Ciudades que mantienen y dependen de las mismas líneas de aprovisionamiento y que llegaron a prosperar en proporción al voluminoso fruto del tráfico y trabajo de los esclavos, lo que consiguiendo generó una demanda local de esclavos productores (Ibid. p. 66). Una demanda externa suscitó así la creación de bandas locales que se convirtieron en estados saqueadores contra poblaciones cada vez más lejanas y, de forma paralela, los centros de intercambio o aprovisionamiento esclavistas generaron una actividad económica cada vez mayor y más autónoma²⁶. En ambos casos pueden reducirse a una fórmula de interacción, característica del Mundo de Odiseo: monopolio del poder y de la violencia por parte de una clase aristocrática y guerrera. El mismo proceso que se produjo entre los indígenas con la colonización europea de la costa occidental africana donde es clásico el ejemplo, en el siglo XVIII, de un estado, Dahomey (Herskovits, 1978; Law, 1991), que ya había adaptado su

muchas estelas la escala de los personajes es única y en ellas aparecen grabados varios personajes. Este factor de la trata africana se produce entre creyentes del Islam y paganos (y extranjeros) y en su contexto se desarrolla una justificación religiosa, una transformación mental surgida de un nuevo contexto económico, que hizo de los cazados objetos ajenos a la condición humana. Es el elemento ideológico, asociado al modo de producción que le sostiene, expresado en los textos de los buscadores de esclavos.

²⁵ Y cree, en cambio, falso que las estructuras y el destino de esta clase militar descansan en el comercio (...) Su intervención en el comercio se limita la mayoría de la veces a la compra de bienes de uso (Ibid: 61 ss.)

²⁶ La experiencia africana explica la aparición de ciudades comerciantes en determinados puntos y las formas de refugio en los pueblos que sabemos fueron esquilados (Mellaisoux, 1990: 80). En Africa la demanda externa de esclavos generó las bandas y después de estas se constituyeron los estados de rapiña. Es un esquema simple, imaginable, para quienes pudieron caer sobre un territorio –p.e., el ibérico– en el que el registro arqueológico de los comienzos del primer Milenio a.C. sugiere analogías con los pueblos cazados en Africa: un modo de producción doméstico y retrasado, agrícola y de autoabastecimiento. Encontramos aquí una de las características de la indefensión: la dispersión obligada por las necesidades agrícolas y/o las formas de parentesco. Es posible también esperar un proceso paralelo siempre hipotético: el territorio saqueado y abandonado, grupos que han sufrido los ataques y a su vez, con el paso del tiempo se han convertido, vía imposición por ejemplo de un tributo en esclavos, en saqueadores de sus vecinos.

estructura económica e ideología a la provisión de esclavos en la costa. En un caso u otro se produjo, en resumen, una dinámica que, en lo que nos interesa, al final influyó en la cultura material: si las consecuencias en el territorio al que se dirigen las *razzias* fueron las de hundir invariablemente a éste en un estado de incapacidad²⁷, de inseguridad que a su vez, generaba procesos de autodefensa, aquello que caracteriza a la arqueología del territorio de quienes las emprenden es la proliferación de los signos de la dinámica de la violencia (Law, 1992).

Homero canta rapiñas (la propia empresa contra Troya es una expedición de rapiña contra un enemigo inferior) que generan y son generadas por la misma dinámica, la de grupos en permanente hostilidad. La lógica del reparto del botín que trasmite la Iliada en los reproches de Aquiles ante Agamenón (II., I, 165-168) o en el reparto final tras el saqueo de Ismaro en la Odisea (IX, 39-42), donde se muestra la preeminencia del jefe en la elección de las mejores partes y un posterior sorteo entre todos los participantes (Od. XIV, 230-233), retratan una sociedad en la que priman los factores de cohesión adaptativa, un entorno que por su propia dinámica tiende a generar monopolios, pero también en transformación constante por la competencia entre ellos y donde el recurso al poder físico es la referencia de los argumentos y no al revés²⁸. Ulises en Feacia, en la fiesta de Alcínoo, termina sus palabras y lanza el peso mucho más lejos que aquellos que le habían insultado (VIII, 145-164) marcando, de paso, una posición relativa que difícilmente habría obtenido, allí, sólo con palabras. Su conducta y la de los demás es coherente en un mundo en el que la agresividad o la capacidad de defenderse físicamente de ella, determina la vida y los recursos (I, 395-397) sin mayores cortapisas morales. Eupites como ya señaló Finley (1980: 92) prueba en su discurso, y consiguiente propuesta de venganza, la lógica de la ventaja en el entorno de la violencia, antes de que éste se cubriese de justificaciones ideológicas. Recordar por tanto los testimonios homéricos de un permanente estado de agresión latente o activa y describirlos como una competencia entre monopolios en crecimiento (Elias, 1989) es crucial

²⁷ A todo ello se añade, además, el factor de la persistencia: La documentación africana proporciona un dato que explica la perpetuación del sistema, y por tanto el recurso a la violencia que hace que surja una nueva ideología. Una masa servil que debía seguir manteniendo su capacidad de trabajo pero que no crecía: La ausencia de reproducción entre los esclavos en los reinos africanos es la razón por la que era necesario, para el sistema, el constante recurso a las incursiones (Bowdich, 1819, citado por Meillasoux, 1990: 89).

²⁸ Un análisis terminológico en López Melero, 1989.

dada la dinámica documentada en estas sociedades cuando se produce una repentina ventaja en el poder militar a favor de una parte.

La lectura de Homero sugiere, p.e., dos premisas y una conclusión. Si en la Península Ibérica de comienzos de I Milenio a.C., y como ocurría en Oriente (Tandy, 1997: 65)²⁹, los esclavos fueron un botín deseable y como muestran los textos de La Odisea se obtenían a través de conflictos, la presencia fenicia actuaría teóricamente como una demanda —añadida a la tradicional— que al aumentar, aumentaría las agresiones³⁰. Los grados de esta demanda, de haber existido en la costa meridional, nos son invisibles, sea de compra o apresamientos puntuales en el precolonial, en la medida de acudir a las necesidades de una incipiente agricultura colonial o en la trata sistemática de esclavos en la costa o en el interior. Para comprobar su existencia sería necesario acudir a los únicos rastros documentados que en su mayoría son armas y objetos de prestigio y plantear marcos verosímiles para su presencia y número³¹. Aparte de que la forma de las espadas encontradas indique, junto con otras armas y utensilios en la Ría de Huelva en 1921, que se trataba de copias locales o en metal local (Rovira, 1995) de modelos atlánticos (Ruiz-Gálvez, 1995) y que otros hallazgos confirmen la simultánea aparición de modelos orientales para los escudos o los carros (Celestino, 1994: 321). El hallazgo de la Ría, el más importante de estos conjuntos, constituye un arsenal cuyo uso o destrucción afectaría a cualquier dinámica de agresión a nivel local en un mundo del Bronce Final. Esta mezcla de armas atlánticas y escudos orientales es una característica ibérica que ha encontrado su lógica en la utilidad de tales utensilios, independientemente de su procedencia, en sociedades como la homérica en la que es especialmente importante la ostentación y el intercambio, pero nunca ha sido valorada como indicio de una violencia inducida: y, sin embargo, la presencia de esa mezcla de procedencias en un mismo grabado puede ser la prueba de algo muy distinto: la introducción

²⁹ En el sur de Egipto, los Cushitas y Meroítas, llegaron a convertirse en estados proveedores de esclavos entre los siglos VIII y IV a.C. según un modelo egipcio (Mellais-soux, 1990: 50) y con ello adquirieron una importante componente militarista.

³⁰ Bartoloni (1988) ha apuntado la posibilidad de este tráfico pero sin avanzar en sus implicaciones para el proceso.

³¹ Que esas sean las únicas huellas es simplemente un hipótesis conservadora. Un ejemplo de cara a la interpretación de los restos arqueológicos podría indicarse en la interpretación como «indígena» de asentamientos agrícolas junto a factorías fenicias. La alternativa de instalaciones para esclavos empleados en la agricultura de los colonos no es solo un argumento basado en la práctica habitual en la historia humana, sino incluso una forma de explicación para yacimientos peculiares: Cerro de San Bartolomé en Almonte o el poblamiento de las costas de Málaga (Carrilero y Aguayo, 1996; Suárez Padilla et al. 1996).

interesada de armas; algo que desde la perspectiva de la violencia *arcaica* quizás tiene su indicio más claro en la elevada cantidad y la casi exclusividad de ellas en el cargamento de la Ría.

El HRH se data en los tiempos en los que se producen los contactos con navegantes orientales documentables a través de los objetos de prestigio y en estelas decoradas. Es un cargamento de cientos de armas encontrado junto a un asentamiento que se explica antes por los contactos marítimos que por su fácil control sobre un amplio territorio agrícola (Huelva). Si la analogía con la Iliada y la Odisea vale, nos dice que lo que se extendía hacia el norte de este puerto era una relación tribal rica en conflictos violentos y permanentes entre la cual un cargamento con tantas armas habría de determinar un beneficio o perjuicio para quien las pudiera alcanzar o perder. Es por ello posible defender que no se trató de una deposición intencionada sino accidental. Es un naufragio³² que nos permite comprobar la concentración en armas que podía llegar a constituir un cargamento (y que no podemos considerar en ningún caso excepcional, dado lo improbable de haber encontrado al único que se hizo). La pregunta correcta por tanto sería, a mi juicio, ¿qué hacían tantas armas saliendo o entrando por el puerto precolonial de Huelva? Las características casi insulares de Huelva en la época de la deposición de las armas (Ruíz-Mata, 1990) y los hallazgos más antiguos del Cabezo de San Pedro (Blázquez et al., 1977), la despoblación precolonial, el comercio silencioso y una visión pesimista de las estelas decoradas (Moreno Arrastio, e.p.), cuando se suman al Hallazgo de un conjunto homogéneo y abundante de armas, dan como resultado algo muy parecido a lo que fueron los puertos negreros europeos en los comienzos de la colonización en Africa Occidental (Law, 1992). Las armas de la Ría no implicarían, de este modo, una rito de articulación social, simplemente añadirían violencia al contorno de Huelva, y esa violencia, estimulada como en tantas

³² Ruiz-Gálvez cree que el HRH fue una ofrenda votiva que tenía una motivación simbólica: *los objetos reunidos, lo han sido por su valor categorizador como símbolo de status social y no por su valoración como mercancía* (Ruíz-Gálvez, 1995: 133). Fundamenta su posición en que lo que se encontró en el fondo de la Ría es muy homogéneo. Ruiz-Gálvez señala con razón que los pecios similares (Ulu Burum, Kfar Samir, Gelin-donya o Rochelongue) tienen en su carga una mayor variedad de objetos que indican que se trata de barcos que recogían mercancía de puerto en puerto. Así mismo sostiene (*Ibid.*, 1995: 130) que las armas proceden de una misma región dada la similitud de aleaciones y factura de las armas; y que esa región podría ser el propio Suroeste. Es algo que no está probado y que deja abierta la posibilidad de que se trate de un barco que se acercaba a Huelva con un cargamento de armas fabricadas expresamente en otro sitio.

veces en la Historia por una potencia tecnológicamente más avanzada, tendría un hipotético pero importante motivo para crecer: los esclavos (Patterson, 1982).

7. VIOLENCIA Y ABSTRACCIÓN

En la mayor parte de la historia del Mediterráneo³³, lo que venía del mar fue una fuente de inquietud para quienes habitaban junto a él. Las noticias de razzias se han acumulado siglo tras siglo desde que La Odissea tomó forma, pero sus efectos en la vida cotidiana de las víctimas, el temor constante al robo y a los raptos, se han perdido con quienes lo padecieron y no suele encontrar reflejo en los registros históricos de aquellos aglomerados políticos a los que alguna vez competía la protección de la costa, salvo cuando se hizo incómoda la desesperación de sus habitantes³⁴. La consecuencia es que una pobre y dispersa población se adaptó a vivir cuidando de sí misma en altozanos alejados de las playas, se rodeó de precauciones y mantuvo una constante vigilancia sobre el horizonte de las aguas, esperando la llegada y el acecho de quienes vivían de sus descuidos. La cultura y las formas de habitación de las víctimas se convirtieron en una adaptación a la inseguridad que se entrelaza con los demás elementos del conjunto de los rasgos perceptibles de su relación con el mundo (Temboury, 1965; Mora Figueroa, 1981; Posadas López, 1989). Podemos aceptar este principio, calcular sus efectos en el desarrollo de las sociedades costeras y entre quienes las expoliaban³⁵, lo que no podemos hacer es compartir ya el sentimiento de inseguridad que la vida en la costa o la navegación llevaron asociadas hasta hace muy poco.

Aunque no se puede percibir sin proyectar referentes previos (en este caso nuestro propio mundo) y esos referentes siempre encadenen un sentido para lo probable, lo verosímil, los ecos de las rapiñas de Odiseo son el único hueco por el que asistir a una vivencia perdida: la adaptación a la violencia en el mundo arcaico. El alejamiento de sus leyes se realiza,

³³ Para una aproximación muy general: Durand, 1975.

³⁴ Un ejemplo del siglo XVI, citado por Mora Figueroa (1981: 34): *Desde Perpignán a las costas de Portugal las tierras marítimas se están incultas, bravas y por labrar y cultivar, porque a cuatro o cinco leguas del agua no osan las gentes estar* (Cortes de Toledo, 1538)

³⁵ Partiendo de esta perspectiva cabría, p.e., comenzar preguntándose ante la evidencia de asentamientos muy cercanos al mar, qué es aquello que les permitía estar tan próximos al agua en vez de considerarlo un dato sin mayor relevancia.

en nuestro tiempo, interponiendo complejos simbólicos que la limitan en el individuo en función de una articulación social distinta (señalando, p.e., que todo monopolio de la violencia pertenece al Estado). La evidencia entonces, cuando es escuálida como en el HRH, se suma siempre en inferioridad, al complejo manto de códigos, señales, connotaciones asociadas a las armas y tanto, que para llegar a conocer qué es lo que significan habría que despojar primero al arqueólogo de las capas de su propia formación y cultura. Me refiero a la interpretación que puede hacer quien posee conocimientos y sentimientos procedentes, p.e., de los mitos de la infancia, en los que las armas han tenido un lugar en el complejo *civilizador* que se transmitía. Esos mensajes codificados pueden haber hecho desaparecer literalmente la capacidad agresiva de las armas antiguas, su función más objetiva e inmediata. Excalibur, p.e., se encuentra en la orilla del Bien y ahí, en la simpatía que nos pueden sugerir el apego a los aceros de nuestros héroes, se puede ocultar una ideología del monopolio de la violencia por parte de una clase³⁶. El velo que lo oculta se tejió en la Edad Media y se ha transmitido a estos nuestros tiempos en los que las armas arrojadas, o las espadas son objetos decorativos sin una capacidad coercitiva tan poderosa como en el pasado. Actúan, sin embargo, mitos medievales de espadas, Tizona, Gil-Galaad que envuelven con su halo épico, pasado por el Romanticismo, una buena parte de las influencias que actúan en la interpretación de estos objetos. Para el hombre civilizado actual, una adecuada educación requiere el conocimiento aún discreto de los mitos medievales no tanto en su efecto original sino en la clave «civilizada» que las formas de organización actuales requiere. Y así, es fácil que en el proceso de atribuir funciones a los instrumentos de matar, se reconozca en ellos una virtud que no es sino la que le atribuye la estructura de explotación 3000 años después. Y esos complejos ideológicos son los que aparecen en este caso. Ruiz-Gálvez (1995) al citar la hipótesis de Rowlands (1986) de que la destrucción de armas por el método de lanzarlas a un río o a un lago se debe a la vinculación espiritual con el poseedor y señala que se hace para que no caigan en manos extrañas. Tiene razón cuando indica esta última motivación para muchos de los hallazgos en ríos ibéricos pero quizás no tanta en las razones espirituales. Estas más bien parecen ser el manto ideológico que recubre una causa más general: el

³⁶ El heroísmo de quien se hunde con su barco para que no caiga en manos del enemigo y el gesto de Arturo, que con su último aliento encarga la destrucción de Escalibur, son lo mismo: los efectos en la conducta individual de la ideología del monopolio de la violencia.

monopolio de la violencia. En un ambiente de conflictos es peligroso permitir la circulación de armas entre adversarios, declarados o posibles: la lógica de la guerra indica que la preservación del propio armamento es prioritaria y que este no se destruye sino ante la inminencia de su apropiación por parte de enemigos. Creo por eso que la amortización ritual de riqueza que proyecta Bradley (1990) desde los ejemplos de Potlatch, carece de sentido en ambientes de permanente hostilidad como el del Bronce Final en el SO. documentado por el Hallazgo de la Ría y donde el registro arqueológico de armas no es tan abundante como para suponer el despilfarro de excedentes (Pérez Macías, 1995).

Hasta aquí se han expuesto fenómenos distintos (comercio silencioso, Edad Oscura, estelas decoradas, espadas de HRH y estímulos de la colonización fenicia) que se ven de otra forma y se vinculan entre sí al contar con ese factor económico esencial del mundo Antiguo: la violencia y los esclavos. Es un aglutinante abstracto que, como tal, se enfrenta a limitaciones perceptivas: como en el mundo de los prestidigitadores, la interpretación arqueológica parece determinada por lo mucho que nos impresiona lo poco que vemos y lo que, de este modo, se puede ocultar en lo que no vemos. Algo que supone una inevitable derrota de la abstracción. Cuando se cuestiona, el modelo de la búsqueda de metales por parte fenicia, encontramos que su acción lo era en parte también de simplificación selectiva y por tanto de distracción. La cuestión de la esclavitud protohistórica es sobre todo un problema de resistencia a lo abstracto en la lógica que juzga nuestros modelos históricos y, también de los inconvenientes que acarrea la negación sistemática (con lo que volvemos a Mulhy) de aquello que no se ve clara y recurrentemente reflejado en las fuentes. El modelo del estímulo metálico de la colonización fenicia se había convertido sobre todo en un modo de descartar lo que en principio no tendría motivos de rechazo y su persistencia, al final, sería una prueba de cómo en el planteamiento del problema colonial, al partir de posiciones apegadas a la experiencia contemporánea, se estaba produciendo un proceso: la destrucción del pensamiento abstracto, curiosamente análogo al de otros sectores de las ciencias sociales del siglo XX.

ALMAGRO-GORBEA, M. (1989): *Arqueología e Historia: El proceso protoorientalizante y el inicio de los contactos de Tartessos con el Levante Mediterráneo. Hom. Prof. Santiago Montero Díaz (Anejos Gerión II)* Madrid, 1989. pp. 277-288.

- ARNOLD, B. (1991): *The Material Culture of Social Structure: Rank and Status in Early Iron Age Europe* Ann Arbor, 1991.
- AUBET, M.E. (1987): *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*. Barcelona, 1987.
- BARTOLONI, P. (1988): *Il Commercio e l'industria*, en S. Moscati(Dir.) *I Fenici*, Venecia, 1988. Pp. 78-85.
- BELÉN, M. (1995): El yacimiento tartésico de Niebla(Huelva).en *Tartessos 25 años después*. Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposiun Internacional de Prehistoria Peninsular. Jerez de la Frontera, 1995. Pp. 359-379.
- BELÉN, M. y ESCARCENA, J.L. (1992): Las comunidades prerromanas de Andalucía Occidental. en M. Almagro-Gorbea y G.Ruiz Zapatero(Eds.) *Paleo-etnología de la Península Ibérica. Complutum*, 2-3. Madrid, 1992. Pp. 65-87.
- (1995): Acerca del horizonte de la Ría de Huelva. Consideraciones sobre el final de la Edad del Bronce en el Suroeste Ibérico. en M. Ruiz-Gálvez, Ed.: *Ritos de Paso y Puntos de Paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final Europeo. Complutum (Extra 5)*, Madrid, 1995. Pp. 85-113.
- BENDALA GALÁN, M. (1979): Las más antiguas navegaciones a España y el origen de Tartessos. *AEspA.*, 52, 1979. Pp. 33-38.
- (1995): Componentes de la cultura tartésica.en *Tartessos 25 años después*. Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposiun Internacional de Prehistoria Peninsular. Jerez de la Frontera, 1995. pp. 255-264.
- BLANCO, A.; LUZÓN, J.M. y RUÍZ MATA, D. (1970): *Excavaciones arqueológicas en el Cerro Salomón (Ríotinto, Huelva)* Anales de la Universidad hispalense, 4, Sevilla, 1970.
- BLÁZQUEZ, J.M.; RUIZ, D.; REMESAL, J. RAMÍREZ, J.L. y KLAUS, K. (1977): *Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva). Campaña, 1977*. Madrid, Ministerio de Cultura. EAE., 102, 1977.
- BRADLEY, R.J. (1990): *The passage of arms. An archaeological analysis of hoards and votive deposits*. Cambridge, 1990.
- CARRILERO, M. y AGUAYO, P. (1996): *Indígenas en el periodo orientalizante en Málaga (S. VIII-VI a.C.)*. en Wulff Alonso y G. Cruz Andreotti eds. *Historia Antigua de Málaga*, Málaga, 1996. Pp. 41-57.
- CELESTINO,S. (1994): *Las estelas decoradas del Suroeste de la Península Ibérica. Precolonización y formación del mundo tartésico* (Tesis Doctoral), Madrid, 1994.
- CORTÉS LÓPEZ, J.L. (1994): *Importancia de la esclavitud en la la expansión portuguesa en Africa y su repercusión en el mundo hispánico*, en A.M. Carabias Torres(Ed.): *Las relaciones entre Portugal y castilla en la época de los Descubrimientos y la expansión colonial*. Salamanca, 1994. Pp. 249-269.
- CONNAH, G. (1975): *The Archaeology of Bénin*, Oxford, 1975.
- CURTIN, PH. D. (1967): *Africa Remembered: Narratives by West Africans from the era of the Slave Trade.*, Madison, 1967.
- (1969): *The Atlantic slave trade*, Madison, 1969.

- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. (1994): *El periplo del Pseudo-Escilax y el mecanismo comercial y colonial fenicio en época arcaica*. en P. Sáez y S. Ordoñez, Eds. *Homenaje al Prof. Presedo*, Sevilla, 1994. Pp. 61-80.
- DECORSE, C.R. (1992): Culture, contac, continuity, and change on the Gold Coast: ad 1400-1900. *African Archeological Review*, 10, 1992. Pp. 163-196.
- DURAND, L. (1975): *Pirates et barbaresques en Méditerranée*, Avignon, 1975.
- ELIAS, N. (1989): *El Proceso de la Civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México, 1989.
- ESCACENA, J.L. (1992): *Indicadores étnicos en la Andalucía prerromana*. SPAL, 1, 1992. Pp. 321-343.
- ESCACENA, J.L. (1995): *La Etapa precolonial de Tartessos. Reflexiones sobre el Bronce que nunca existió*. en *Tartessos 25 años después*. Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposiun Internacional de Prehistoria Peninsular. Jeres de la Frontera, 1995. Pp.179-214.
- FERNÁNDEZ-JURADO, J. (1987): *Tejada la Vieja: Una ciudad protohistórica* Huelva Arqueológica, IX.1, Huelva 1987.
- FINLEY, M.I. (1959): *Was Greek civilization based on slave labor?* *Historia*, 8, 1959. Pp. 145-164.
- (1960): *Slavery in Classical Antiquity*, Cambridge, 1960.
- (1979): Entre la esclavitud y la libertad., en J. Annequin, M. Clavel-Léveque y otros, *Formas de explotación del trabajo y relaciones sociales en la antigüedad clásica*, Madrid, 1979. Pp. 93-114.
- FINLEY, M. (1980): *El Mundo de Odiseo*, México, 1980.
- GOODY, J. (1971): *Technology, Tradition and the State in Africa*, Londres, 1971.
- HÄRKE, H. (1982): *Early Iron Age Hill Settlement in West Central Europe: Patterns and Developments*. *Oxford Journal of Archaeology*, 1, 1, 1982. Pp. 187-203.
- HARRISON, R.J. y MORENO, G. (1985): *El policultivo ganadero o la revolución de los productos secundarios*. TP, 42, 1985. Pp. 51-82.
- HERSKOVITS, M.J. (1978): *Dahomey, an ancient West African kindom*, Nueva York, 1978.
- JAMES, P. (1993): *Siglos de Oscuridad. Desafío a la cronología tradicional del mundo antiguo*, Barcelona, 1993.
- JIMÉNEZ, A. (1989): *La Puerta de Sevilla en Carmona*, Málaga, 1989.
- KELLY, G.K. (1997): *The archaeology of African-European interaction: investigating the social roles of trade, traders, and teh use of space in the seventeenth -and eighteenth- century Hueda Kingdom, Republic of Bénin*. *Word Archaeology*, 28(3), 1997. Pp. 351-369.
- LAW, R. (1991): *The Slave Coast of West Africa, 1550-1750: The Impact of the Atlantic Slave Trade on the African Society*, Oxford, 1991.
- LAW, R. (1992): Warfare on the West African Coast, 1650-1850. en R.B. Ferguson y N.L. Whitehead eds.: *War in the Tribal Zone: Expanding States and Indigenous Warfare*. Santa Fe, 1992. Pp. 103-126.

- LESSING, Th. (1983): *Geschichte als Sinngebung der Sinnlosen*, Munich, 1983.
- LILLIOS, K.T.(1993): *Regional settlement abandonment at the end of the Copper Age in the lowlands of west-central Portugal*, en C.M. Cameron y S.A. Tomka, Eds. *Abandonment of settlements and regions*, Cambridge, 1993. Pp. 110-120.
- MEILLASSOUX, C. (1966): Plans d'anciennes fortifications(tata) en pays malinke., *Jourl. Soc. Afric.*, 36, 1. 1966. Pp. 29-43.
- (1990): *Antropología de la Esclavitud*. Mexico, 1990.
- (1994): *Anthropologir de Marx. Economies et Sociétés*, 28, n.6/7., 1994. Pp. 119-131.
- MONTAÑANA, A. (1996): *La situación jurídica de los hijos de cautivos de guerra*, Valencia (Univ. Jaume I), 1996.
- MORA FIGUEROA, L. (1981): *Torres de Almenara de la provincia de Huelva*, Huelva, 1981.
- MORENO ARRASTIO, F.J. (e.p.): Tartessos, estelas, modelos pesimistas. I Coloquio de Comercio preclásico. Madrid (Cefyp), Nov. 1998.
- MUHLY, J.D. (1998): *Copper, Tin, Silver and Iron: The Search for metallic Ores as an incentive for foreign Expansion*, en Symour Gitin, Amihai Mazar y Ephraim Stern, Eds.: *Mediterranean Peoples in Transition. Thirteenth to Early Tenth Centuries BCE*(Studies in Honor of Trude Dothan), Jerusalem, 1998. Pp. 314-329.
- PATTERSON, O. (1982): *Slavery and Social Death*, Cambridge. (Mass.), 1982.
- PELLICER, M. (1989): El Bronce Reciente y los inicios del hierro en Andalucía Occidental en M.E. Aubet(Coord.) *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*. Sabadell, 1989. Pp. 147-187.
- PÉREZ MACÍAS, J.A. (1995): *Poblados, centros mineros y actividades metalúrgicas en el cinturón ibérico de piritas durante el Bronce Final*.en *Tartessos 25 años después*. Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular. Jeres de la Frontera, 1995. Pp.417-446.
- POSADAS LÓPEZ, E.J. (1989): *Torres y piratas en las Islas Pitiusas*, Formentera, 1989.
- ROVIRA LLORENS, S. (1995): Estudi Arqueometalúrgico del depósito de la Ría de Huelva en (M.Ruiz-Gálvez,Ed.): *Ritos de Paso y Puntos de Paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final Europeo. Complutum* (Extra 5), Madrid, 1995. Pp.33-58.
- ROWLANDS, M. (1986): Modernist fantasies in Archaeology?, *MAN*, 21(4), 1986. Pp. 745-746.
- RUIZ-GÁLVEZ, M. (1995): *El significado de la Ría de Huelva en el contexto de las relaciones de intercambio y de las transformaciones producidas en la transición Bronce Final/Edad del Hierro*. en (M. Ruiz-Gálvez, Ed.): *Ritos de Paso y Puntos de Paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final Europeo. Complutum* (Extra 5), Madrid, 1995. Pp. 129-156.
- RUIZ GALVEZ, M. y GALÁN, E. (1991): *Las estelas del suroeste como hitos de rutas ganaderas y vías comerciales*. *TP*, 48, 1991. Pp. 257-273.

- RUIZ MATA, D. (1990): *La Ría de Huelva: un foco clave de la protohistoria peninsular*. En: A. Terreros Armas y objetos de bronce extraídos de los dragados del puerto de Huelva. (Reimp.), Huelva, 1990. Pp. 57-70.
- SCHUBART, H.: *Investigaciones geológicas y arqueológicas sobre la relación costera de los asentamientos fenicios en la Andalucía mediterránea*. en J. Alvar y J.M. Blázquez, Eds.: *El Enigma de Tarteso*, Madrid, 1993. Pp. 69-80.
- SKINNER, E. P. (1964): *The Mossi of the Upper Volta*, Berkeley, 1964.
- SUÁREZ PADILLA, J.; NAVARRO, I.; SOTO, A.; SANTAMARÍA, J.A. FERNÁNDEZ, L.E. y SÁNCHEZ, J.M. (1996): *Aproximación a la dinámica poblacional del litoral occidental malagueño durante la Antigüedad protohistórica*. en Wulff Alonso y G. Cruz Andreotti eds. *Historia Antigua de Málaga*, Málaga, 1996 pp. 177-187.
- TANDY, D.W. (1997): *Warriors into Traders. The Power of the Market in Early Greece*. Berkeley, 1997.
- TARRADELL, M.(1968): *Economía de la colonización fenicia*, en M. Tarradell(Ed.), *Estudios de economía antigua de la Península Ibérica*, Barcelona, 1968.
- TEMBOURY ALVARES, J. (1965): *Torres de Almenara (costa occidental)*, Málaga, 1965.
- THILMANS, G.; DESCAMPS, C. y KHAYAT, B. (1980): *Protohistoire du Sénégal*. I. Dakar, 1980.
- TORRES ORTÍZ, M. (1998): *La cronología absoluta europea y el inicio de la colonización fenicia en Occidente. Implicaciones cronológicas en Chipre y el Próximo Oriente*. *Complutum*, 9, 1998. 1-14.
- WAGNER, C.G. (1996): *Elementos cronológicos y consideraciones históricas para una periodización de la presencia fenicia en la Península Ibérica*. *Alle soglie della Classicità. Il Mediterraneo tra tradizione e innovazione*. Roma. Pp. 423-440.
- (1988): *Gadir y los más antiguos asentamientos fenicios al Este del Estrecho* *Congreso Internacional, El Estrecho de Gibraltar*. Vol I. Madrid, 1988. Pp. 419-428.
- (1995): *Fenicios y autóctonos en Tartessos. Consideraciones sobre las relaciones coloniales y la dinámica de cambio en el suroeste de la Península Ibérica*. *TP*. 52, 1. Pp. 109-126.

